

Enrique Sánchez-Costa
Universidad de Piura

EL ENSAYISMO POLÍTICO DE MARIO VARGAS LLOSA: DEL POPULISMO COMUNISTA AL LIBERALISMO

The Political Essays by Mario Vargas Llosa: from Communist Populism to Classic Liberalism

Abstract

Mario Vargas Llosa, from the beginning, accompanied his narrative work with an incisive, controversial and audacious essay work. This study will follow, through his political essay, its evolution from the youthful communism (Sartre and the Cuban Revolution, whose communism can be labelled as populist) to the classical liberalism of its maturity (the free market of Adam Smith and Von Hayek, the philosophy of Ortega y Gasset and Popper, or the political ideas of Isaiah Berlin). Finally, it will underline the central role played by literature both in its first communist enthusiasm as in its subsequent disenchantment.

Keywords: Vargas Llosa, political essay, communism, populism, liberalism

Resumen

Mario Vargas Llosa, desde sus inicios literarios, ha acompañado su labor narrativa con una obra ensayística incisiva, polémica y audaz. Este estudio repasará en su ensayismo político, su evolución desde el comunismo juvenil (Sartre y la Revolución cubana, cuyo comunismo puede ser calificado de populista) al liberalismo de su madurez (el libre mercado de Adam Smith y Von Hayek, la filosofía de Ortega y Gasset y Popper, o las ideas políticas de Isaiah Berlin). Finalmente, se destacará el papel central de la literatura tanto en su primer entusiasmo comunista como en su posterior desencanto.

Palabras clave: Vargas Llosa, ensayismo, comunismo, populismo, liberalismo

Introducción

“Si algo significa la libertad es el derecho a decirle a la gente lo que no quiere oír” (Orwell, 2017: 625). Así escribía George Orwell en 1945, a propósito de *Rebelión en la granja*. Como Orwell, también Mario Vargas Llosa, en una labor periodística de más de cincuenta años, ha auscultado la realidad, ha denunciado las mentiras del poder y las lacras sociales y ha arrojado luz sobre los dilemas del mundo contemporáneo. Su ensayismo político ha sido apasionado, controvertido y audaz. Se ha enfrentado, por ejemplo, al capitalismo, al imperialismo, al nacionalismo, al militarismo, al machismo; pero también a sus opuestos: al comunismo, al terciermundismo, al multiculturalismo, al pacifismo, al feminismo. No ha habido institución, país, doctrina o “ismo” que en algún momento no haya merecido sus embates.

El espectro tan amplio de sus críticas parecería contradictorio a aquel que, como el erizo de que hablaba Isaiah Berlin, posee una visión totalizadora, sistemática y centrípeta de la vida; aquel que se ocupa de lo general y lo jerarquiza todo a partir de un principio central, coherente y ordenador. Sin embargo, siguiendo la distinción de Berlin, Vargas Llosa, como Shakespeare, como Goethe, como Montaigne, se parece más al zorro: aquel que no se ocupa de lo general sino de lo particular y de lo múltiple; aquel que contempla la complejidad de lo real desde una posición cambiante, desde la perplejidad y el escepticismo (Cfr. V.L., 2018: 261–265)¹. En el fondo, esta diferenciación de caracteres enlaza con aquella que trazaba María Zambrano entre la filosofía y la poesía: el filósofo busca el ser, la verdad, la unidad absoluta; el poeta, en cambio, se encariña con la multiplicidad, la heterogeneidad, la singularidad de las cosas, y no quiere sacrificar sus matices, sus destellos, en provecho de una presunta unidad (Cfr. Zambrano, 2006).

Vargas Llosa, que desde los quince años respiraba la tinta de las redacciones, comienza a escribir artículos con asiduidad en París, en 1962. Desde entonces, compatibilizará su vocación de narrador con el periodismo, que “ha sido siempre la sombra de mi vocación literaria” (V.L., 2012, X). De un lado, ha defendido con pasión “la verdad de las mentiras” ficcionales, es decir, el poder de los mundos creados “por la imaginación y las palabras” (V.L., 2012, XI) para introducir orden en el caos de la vida. De otro lado, ha reivindicado la fuerza transformadora de la argumentación y del género

¹ A lo largo del trabajo, en las referencias, se abrevia Mario Vargas Llosa con las iniciales V.L.

literario asociado a ella: el ensayo. Sus artículos de opinión, que parten de una anécdota, un hecho o una lectura, interpelan al lector, defienden una tesis y posibilitan una lectura universal e intemporal. De ahí que, en la mayoría de los casos, sean, además de artículos, ensayos.

En este estudio repasaré, a partir de los ensayos políticos de Vargas Llosa, su análisis del debate sobre la literatura comprometida y la violencia revolucionaria entre Sartre y Camus, su entusiasmo inicial y posterior ruptura con la Revolución cubana, así como su asunción, a partir de los años setenta, del pensamiento liberal.

1. Literatura, compromiso y violencia: entre Sartre y Camus

En 1952, Vargas Llosa, entonces con dieciséis años, lee *La noche quedó atrás*, de Jan Valtin. Esta autobiografía de un comunista alemán, torturado por la Gestapo en los años treinta y huido más tarde a Estados Unidos, le provoca “gran admiración por esos santos laicos que [...] dedicaban su vida a luchar por el socialismo” (V.L., 2010: 207)². Ese mismo año, el triunfo del Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia (país en el que había vivido durante su infancia), contribuye “tanto como la lectura de aquel libro de Jan Valtin, a llenarme la cabeza y el corazón de ideas –tal vez sería mejor decir imágenes y emociones– socialistas y revolucionarias” (V.L., 2010: 217). En 1953 ingresa en la Universidad de San Carlos (Lima), institución muy activa contra la dictadura militar de Odría, y milita durante un año en el grupo Cahuide, un intento de reconstrucción del partido comunista en Perú, que había sido desmantelado por la dictadura. En su célula lee a Marx, Engels, Lenin y Mariátegui.

Ese mismo año lee también, en traducción española, el libro de Sartre *¿Qué es la literatura?*, publicado originalmente en 1948. Como confesará más tarde, “durante diez años, por lo menos, todo lo que escribí, creí y dije sobre la función de la literatura glosaba o plagiaba este ensayo” (V.L., 1981: 109). Aunque después se desencantará de las ideas de Sartre, la teoría sartriana del compromiso del escritor, de las palabras como armas para defender las ideas, será un paradigma que guiará toda la obra ensayística de Vargas Llosa.

² El historiador español Pío Moa, que militará en el PCE y en los GRAPO y derivará más tarde hacia posiciones conservadoras, afirma por su parte que leyó *La noche quedó atrás* “hacia los 18 años, y muy pocos [libros] me han impresionado e influido tanto” (www.libertaddigital.com/opinion/fin-de-semana/la-noche-quedo-atras-1276234373.html).

Frente a la doctrina de *l'art pour l'art* y frente aquellos que niegan la capacidad del lenguaje para comunicar la realidad, Sartre defiende una teoría utilitarista de la literatura: “la palabra es acción” (Sartre, 1976: 57) y, por tanto, cada palabra del escritor repercuten en su época. El escritor debe “comprometerse en el presente” (Sartre, 1976: 41), tomar partido y servirse de las palabras para revelar las injusticias y proyectar ante el lector un cambio social. Sartre critica con dureza al Partido Comunista Francés, pero justifica la violencia revolucionaria como “un fracaso inevitable”, como el “único medio” (Sartre, 1976: 247) para combatir la violencia del imperialismo, las dictaduras militares y la democracia burguesa. Para Sartre, “corresponde al escritor juzgar los medios, no desde el punto de vista de la moral abstracta, sino en la perspectiva de una finalidad precisa, que es la realización de una democracia socialista” (Sartre, 1976: 248).

En esa negación de la “moral abstracta” o absoluta, en esa justificación de los medios a partir de los fines, Sartre entroncaba con la tradición revolucionaria comunista. Marx había afirmado en 1848 que “solo el terror revolucionario puede abreviar, simplificar y concentrar los criminales trances agónicos de la vieja sociedad, y los sangrientos espasmos unidos al nacimiento de la nueva. [...] No tenemos compasión ni la pedimos” (citado en Jiménez Losantos, 2018: 204). Veinte años después, el *Catecismo Revolucionario* de Nekróvov y Bakunin indicaba al revolucionario: “Moral es para él todo lo que favorece el triunfo de la revolución” (en Jiménez Losantos, 2018: 183). Bebiendo de la tradición terrorista rusa, Lenin aseveraba en 1919: “No creemos en la moralidad eterna y denunciamos lo ilusorio de los cuentos de hadas sobre la moralidad” (en Jiménez Losantos, 2018: 23). Por su parte, Trotsky afirmaba: “Tenemos que acabar de una vez por todas con esa charla papista-cuáquera acerca de la santidad de la vida humana” (citado en Figes, 2014: 701).

Contra la negación de la sacralidad de la persona, contra la justificación de los medios por los fines, escribe Camus su obra *El hombre rebelde*, que provoca en el verano de 1952 una polémica con Sartre. Vargas Llosa, muy influido en los años cincuenta y sesenta por Sartre, no aprecia entonces el fuste intelectual de Camus, del que afirma en 1962 que “su pensamiento es vago y superficial”. Eso sí, lo alaba como “impecable narrador” (V.L., 1981: 17), “poeta puro, capaz de considerar a los miserables habitantes de los pueblos kabilas como simples ingredientes del paisaje” (V.L., 1981: 20). Tres años después, trae a colación una frase de Camus, que justificaría su propio confinamiento en el reino de la literatura: “¿Por qué soy un artista y no un filósofo? Porque pienso según las palabras y no según las ideas” (V.L., 1981: 41).

Entre 1964 y 1965 reconoce en Sartre al “polemista que, armado de una lucidez implacable y de una prosa mordaz, embiste contra las imposturas y supercherías sociales”, contra las “falacias de la democracia liberal” y contra la “violencia política” (V.L., 1981: 49) encubierta del “analfabetismo, desocupación, desnutrición, miseria” (V.L., 1981: 50). Pero, eso sí, confiesa su “alarma” ante la afirmación de Sartre de que el escritor de un país subdesarrollado debería “renunciar momentáneamente a la literatura” (V.L., 1981: 24) para servir mejor a la sociedad. Y critica también la tesis de Sartre de que “frente a un niño que se muere [de hambre], *La Náusea* es algo sin valor” (V.L., 1981: 25). ¿No contradecían estas palabras de Sartre su teoría previa del compromiso, del poder de la literatura para transformar el mundo?

En los años 70, al tiempo que siente todavía la seducción personal de Sartre (“su figura moral [...] ha ido agigantándose siempre para mí”), reduce el valor de su obra ficcional (“ha ido decolorándose en mi recuerdo”), y declara “inconvincentes” “sus afirmaciones sobre la literatura y la función del escritor” (V.L., 1981: 73). Al fin y al cabo, es el mismo Sartre quien parece desarmar su propia teoría, al reconocer a Flaubert –el escritor menos comprometido socialmente que pueda haber– como uno de los fundadores de la sensibilidad moderna. Vargas Llosa desaprueba el reduccionismo sartriano de la literatura al campo de lo social, lo deliberado y lo racional, que excluye la irracionalidad, la poesía y buena parte del teatro. En 1980, en su ensayo más duro hacia “el mandarín intelectual” (V.L., 1981: 130) Sartre, denuncia que “su pensamiento y sus tomas de posición erraron más que acertaron” (V.L., 1981: 114), y le reprocha haberle llevado a creer durante años que fuera del comunismo y de Moscú “no había salvación moral o política verdaderas” (V.L., 1981: 130).

El distanciamiento progresivo de Sartre corrió parejo a su alejamiento del comunismo, de la URSS y de la Revolución cubana, así como a su revalorización de escritores como Orwell, Koestler y Camus. A este último le dedica un largo ensayo en 1975, en el que reconoce la “ligereza” de sus juicios anteriores sobre Camus, así como la “revelación” (V.L., 1981: 79) que ha supuesto para él releer *El hombre rebelde*. Vargas Llosa comparte con él que la historia o la política no lo son todo, que las ideologías llevan a la esclavitud, la mentira y el crimen; y que hay que celebrar la libertad, la amistad, la honestidad y la belleza artística y natural. Algo que Camus estampa en una frase: “Rechazar el fanatismo, reconocer la propia ignorancia, los límites del mundo y del hombre, el rostro amado, la belleza” (V.L., 1981: 93). Y es que, como apunta el escritor francés, “aquellos que

pretenden saberlo todo y resolverlo todo acaban siempre por matar” (V.L., 1981: 94). Frente al revolucionario que usa el terror para ahormar la realidad a su utopía absoluta, Camus –y con él, Vargas Llosa– apuesta por el rebelde y por la “utopía relativa” (V.L., 1981: 91). Se trata de desarrollar una “moral de los límites” (94): de los límites de la falibilidad humana (reconocer que podemos estar en el error y el adversario en lo cierto) y de los límites de la dignidad humana: “Se trata –en palabras de Camus– de servir a la dignidad del hombre a través de medios que sean dignos dentro de una historia que no lo es” (V.L., 1981: 95–96).

2. El populismo comunista de la revolución cubana: esperanza y desengaño

Se ha definido el populismo como movimiento político, como ideología o, más frecuentemente, como método, estilo, retórica o discurso político, capaz de parasitar cualquier ideología. Algunos de sus rasgos son: la exaltación de un líder carismático, que se comunica directamente con el pueblo a través de un discurso sentimental y demagógico; la división maniquea de la sociedad en dos bloques antagónicos (el pueblo y la élite, el pueblo y los oligarcas, etc.); el nacionalismo y la creación de un enemigo externo, ante el cual el pueblo solo podría sobrevivir unido a su líder salvador; la identificación de la nación con el pueblo, del pueblo con el líder y del líder con la revolución; la supresión de libertades; la negación de la separación de poderes y la alternancia democrática; la exclusión de rivales políticos y la denigración del adversario.

Como ha argumentado Carlos Alberto Montaner (2017), la Revolución cubana puede calificarse con toda propiedad de populismo. Es caudillista, hasta el punto que a Fidel le sucedió, dinásticamente, su hermano Raúl. Es exclusivista: “Fuera de la revolución, nada” –decía Fidel en 1961–, “dentro de la revolución, todo” (citado en Montaner, 2017: 95). Es adanista: Fidel ha enfatizado su vínculo con Martí, omitiendo de la historia la república fundada en 1902. Es nacionalista: opone el “pueblo cubano” al enemigo foráneo estadounidense. Es estatista: se basa en la confiscación y estatización de todos los recursos. Es clientelista: crea una red de dependencia salarial. Suprime la separación de poderes, centralizando y controlándolo todo (incluso el salario de cada trabajador). Manipula las palabras y se sirve de los eufemismos: así, la “libreta de racionamiento” pasa a llamarse “libreta de abastecimientos” (Montaner, 2017: 102). Demoniza al adversario y suprime la “cordialidad cívica”: “Todos los

disidentes son ‘vendepatrias’ y ‘gusanos’ al servicio del ‘imperialismo yanqui’”. Como concluye Montaner, “lo comunista no quita lo populista” (Montaner, 2017: 103).

Mario Vargas Llosa, que había celebrado desde París la caída del régimen de Batista y la revolución cubana, visita Cuba por primera vez en noviembre de 1962, justo después de la crisis de los misiles. En sus crónicas comenta cómo, en el cine, el público “aplaudía frenéticamente cada vez que aparecía en la pantalla la imagen del líder cubano” (V.L., 2012: 16). Y es que, concluye, Fidel “mantiene la cohesión y el entusiasmo popular, los dos pilares de la revolución” (V.L., 2012: 17). Aunque reconoce que los “jóvenes barbudos” (V.L., 2012: 20) se han ido radicalizando y que se busca “adoctrinar a las masas”, puntualiza que eso no impide “la existencia de otras corrientes ideológicas” (V.L., 2012: 18). Desde entonces, se apunta a un comité de escritores de la Casa de las Américas, en La Habana, la cual visitó cinco veces durante los años sesenta.

Son tiempos de fiebre revolucionaria en América Latina. En 1965, con otros siete firmantes peruanos, Vargas Llosa aprueba en una carta pública la “lucha armada iniciada por el MIR” en la sierra peruana, censura “la violenta represión gubernamental” y alaba a quienes “entregan su vida para que todos los peruanos puedan vivir mejor” (V.L., 2012: 184). En 1966, desde la posición de “los escritores que creemos en el socialismo y que nos consideramos amigos de la URSS” (V.L., 2012: 247) critica, eso sí, el enjuiciamiento y condena de la URSS a dos escritores soviéticos: “La literatura es una forma de insurrección permanente. [...] Su misión es agitar, inquietar, alamar” (V.L., 2012: 249). Resuena en estas palabras el *¿Qué es la literatura?* de Sartre, tanto en su posición intelectual (a favor de la URSS, pero crítico), como en el mismo pastiche de su estilo.

En febrero de 1967, tras asistir a una conversación de intelectuales con Fidel, declara su “admiración por la Revolución cubana” (V.L., 2012: 343), elogia “esta fuerza de la naturaleza” (V.L., 2012: 347) que es Fidel, así como los éxitos educativos y culturales de la revolución. Escribe que en Cuba se han reducido las diferencias sociales, aunque reconoce que “la justicia social se ha implantado, a veces, a costa de injusticias parciales” (V.L., 2012: 345). Admite, además, “equivocaciones y errores” (V.L., 2012: 351–352) en la revolución, “fusilamientos” en la primera hora, y critica la falta de libertad de prensa y de partidos, así como la campaña contra vagos y homosexuales. Eso sí, a pesar de las dudas, el deseo de creer en el socialismo lleva a Vargas Llosa a matizar cada crítica con una disculpa: los errores se han producido en todas las revoluciones, los fusilamientos

fueron a “torturadores y asesinos” (V.L., 2012: 352) y no son comparables a las purgas estalinianas. Y, en fin, si la alternativa a la revolución cubana son los otros regímenes latinoamericanos, “¿cómo dudar en la elección?” (V.L., 2012: 353).

Ese mismo año, en junio, critica la censura de la URSS a Solzhenitsin y otros escritores. Y, en agosto, aclara a un vocero del Partido Comunista peruano que un escritor “comprometido con su vocación, amará la literatura por encima de todas las cosas”, y que él defiende un “régimen socialista” en el Perú, pero que “admita la libertad de prensa y la oposición política organizada” (V.L., 2012: 407). Cabe decir que, aunque todavía Vargas Llosa no derivara estas consecuencias, su postura intelectual era compatible con la socialdemocracia propugnada por Lassalle y Bernstein y practicada hoy en Europa, pero no con el comunismo marxista de la URSS y la revolución cubana, que son liberticidas.

En 1968 nuestro autor viaja a Moscú, comenta el *Diario de campaña* del Che y la represión de la URSS en Checoslovaquia. Sus “notas a vuelo de pájaro” sobre Moscú, a la que llegaba –dice– con “una simpatía entusiasta por casi todos los aspectos de su sistema político y social, con excepción del cultural” (V.L., 2012: 453), son sombrías. Comenta las diferencias sociales que se dan en la URSS y critica el “inquietante nacionalismo” (V.L., 2012: 455) soviético y su censura cultural. En cambio, sus comentarios sobre el Che son fervorosos. Lo califica como uno de los “visionarios” (463), “a la altura de un Bolívar o de un Martí” (460–461), y admira su “generosidad y heroísmo ilimitados” (V.L., 2012: 464). En cuanto a la intervención de Checoslovaquia, la califica como “una deshonra para la patria de Lenin” y un “daño irreparable para la causa del socialismo en el mundo” (V.L., 2012: 464). Y critica especialmente las palabras de Fidel, justificándola. “A muchos amigos sinceros de la Revolución cubana las palabras de Fidel nos han parecido tan incomprensibles y tan injustas como el ruido de los tanques que entraban en Praga” (V.L., 2012: 467).

El afecto de Vargas Llosa por la revolución cubana podía ser todavía sincero, pero su admiración intelectual se estaba resquebrajando. En 1971, el juicio amañado al poeta cubano Heberto Padilla (al que se obligó a asumir falsas culpas) marcará su ruptura definitiva con el régimen. El 5 de abril de 1971 renuncia por carta al comité de la revista de la Casa de las Américas, equipara este juicio a los “juicios estalinistas de los años treinta” y afirma que supone “la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la revolución cubana: su decisión de luchar por la injusticia sin perder el respeto a los individuos. No es este

el ejemplo del socialismo que quiero para mi país” (V.L., 2012: 492). El 20 de mayo de 1971, en una “Carta a Fidel Castro” redactada por Vargas Llosa y firmada por 61 intelectuales y artistas (entre ellos, Sartre, Susan Sontag, Gil de Biedma, Italo Calvino y Pasolini), se le comunica “nuestra vergüenza y nuestra cólera” por “métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias” (V.L., 2012: 492). Es llamativo el oxímoron, porque ¿acaso alguna revolución se ha acercado siquiera a un ideal de legalidad y justicia (imparcial, objetiva e independiente del poder)?

Tras la muerte de Fidel, después de cinco décadas de dictadura, Vargas Llosa hará un balance implacable de la revolución cubana. A pesar de sus “progresos en los campos de la educación y la salud”, el sacrificio de los barbudos del Movimiento 26 de Julio solo sirvió “para reforzar a las dictaduras militares y atrasar varias décadas la modernización y democratización de América Latina”. De ese “sueño que conmovió mi juventud” solo queda “un país en ruinas”, así como la convicción de que todo progreso debe “estar signado siempre por el avance de la libertad y los derechos humanos, sin los cuales no es el paraíso sino el infierno el que se instala en este mundo que nos tocó” (V.L., 2016).

Conclusión: el horizonte del liberalismo

Fue la literatura, la autobiografía de Jan Valtin, la que sedujo a Vargas Llosa hacia el comunismo. Y fue la persecución de la literatura (la recriminación de Sartre a los escritores procedentes de países del tercer mundo, la censura en la URSS, la condena de Padilla en Cuba) la que desengañó a nuestro escritor de la utopía comunista. Durante los años cincuenta y sesenta había creído que el socialismo marxista resolvía la explotación, la injusticia y la miseria que aquejaban a su país y a tantos otros del mundo. La deriva autoritaria de la revolución cubana, en especial, le convenció que la revolución socialista era incompatible con la libertad de expresión y las demás libertades democráticas. Los Somoza, los Trujillo, los Pinochet, debían desaparecer del mundo; pero también los Stalin, los Mao, los Castro, los Pol-Pot. Como expresó Orwell: “El pecado de casi todos los izquierdistas de 1933 en adelante es que han pretendido ser antifascistas sin ser antitotalitarios” (Orwell, 2017: 535). Una aseveración compartida por Vargas Llosa, que dedicará todas sus energías intelectuales, desde los años sesenta en adelante, a denunciar cualquier forma de opresión y de violación de los derechos humanos.

Como Orwell, Vargas Llosa no fue un pensador, sino un extraordinario creador y un intelectual. Si en los años cincuenta y sesenta seguiría el “mandarinato” de Sartre, a partir de los setenta sus escritores de cabecera, en términos intelectuales, fueron Orwell, Camus, Koestler; sus políticos, Margaret Thatcher y Ronald Reagan; sus pensadores, Adam Smith, Ortega y Gasset, Karl Popper, Friedrich von Hayek, Isaiah Berlin, Raymond Aron, Jean-François Revel. Al estudio de estos pensadores dedica el libro *La llamada de la tribu*, de 2018, que recoge y desarrolla trabajos de las últimas tres décadas.

Entre muchas otras cosas, de Adam Smith aprendió que, como escribió su amigo Hume, “la propiedad es la madre del proceso civilizador” (citado en V.L., 2018: 34); que el comercio es la antítesis del fanatismo y que la búsqueda del interés individual podía beneficiar al interés colectivo. De Ortega y Gasset aprendió que el liberalismo “es el derecho que la mayoría otorga a la minoría” (citado en V.L., 2018: 92), así como la afirmación de la soberanía del individuo y su protección frente a la rebelión de las masas. De Von Hayeck aprendió a comprender mejor por qué fracasa el colectivismo, el constructivismo y la ingeniería social, así como los beneficios del mercado libre. De Popper aprendió los peligros del irracionalismo y el nacionalismo, así como la necesidad de ser conscientes de la propia falibilidad, de la autocritica constante y de la búsqueda sin término, con el fin de adaptar la teoría a los hechos (y no al revés). De Berlin aprendió la necesidad de buscar un equilibrio entre verdades contradictorias –como igualdad y libertad–, y de la importancia no tanto de refutar al adversario, cuanto de escucharlo, comprenderlo y aprender de él.

Escribía Ortega que “ser de izquierda es, como ser de derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral” (Ortega y Gasset, 2001: 32). La frase manifiesta una aversión hacia los dogmatismos y las posiciones intelectuales cerradas que comparte plenamente Vargas Llosa. Desde hace décadas se define a sí mismo como un defensor de la democracia liberal y de todo lo que implica: pluralidad ideológica, participación de la ciudadanía, alternancia en el poder, separación de poderes, igualdad de oportunidades e igualdad ante la ley, libre mercado, convivencia de la iniciativa pública y privada, etc.

Aristóteles, en su *Política*, advertía que “la desigualdad es siempre [...] la causa de las revoluciones” (Aristóteles, 2011: 255); y contra este mal recetaba la estabilidad de “la clase media” (256) y de la democracia, pues esta –afirma– “concilia libertad con igualdad” (Aristóteles, 2011: 237).

Para Vargas Llosa es la democracia liberal, con sus fallas, con su necesidad permanente de revisión y crítica constructiva, la mejor esperanza para el florecimiento humano.

Bibliografía

- Aristóteles. (2011). *Política*. Barcelona: Austral.
- Figes, O. (2014). *La Revolución rusa (1891–1924). La tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhsa.
- Jiménez Losantos, F. (2018). *Memoria del comunismo*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Montaner, C. A. (2017). Los diez rasgos populistas de la Revolución cubana. In Vargas Llosa, A. (ed.), *El estallido del populismo*, pp. 91–103. Barcelona: Planeta.
- Ortega & Gasset, J. (2001). *La rebelión de las masas*. Madrid: Alianza.
- Orwell, G. (2017). *Ensayos*. Barcelona: DeBolsillo.
- Sartre, J.-P. (1976). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Vargas Llosa, M. (1981). *Entre Sartre y Camus*. Río Piedras (Puerto Rico): Ediciones Huracán.
- Vargas Llosa, M. (2010). *El pez en el agua*. Madrid: Alfaguara.
- Vargas Llosa, M. (2012). *Obras completas. IX. Piedra de toque I (1962–1983)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Vargas Llosa, M. (2016). La muerte de Fidel. *El País*, 11 de diciembre de 2016. Extraído de https://elpais.com/elpais/2016/12/09/opinion/1481282434_957974.html
- Vargas Llosa, M. (2018). *La llamada de la tribu*. Madrid: Alfaguara.
- Zambrano, M. (2006). *Filosofía y poesía*. México DF: Fondo de Cultura Económica.